



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 3331

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 fd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 fd.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

VIERNES 1.º DE JUNIO DE 1906

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sedrocción en Cartagena. VIUDA DE SORO Y COMPANIA Caridad 4, principal.

Atentado contra los reyes

Quisiéramos poder aplicar á nuestra pobre y fría palabra escrita articulaciones de vida, ó los procedimientos mecánicos de que disponen otras artes: la escultura, por ejemplo, para hacer más patente nuestra indignación contra el horrendo y trágico suceso á que sirven estas líneas de iracundo comentario.

Lo acaecido ayer en Madrid llegó á oídos nuestros en las primeras horas de la tarde; pero, olvidando que en estas sociedades que se llaman á sí propias civilizadas, existen hombres—hombres ¿no sería mejor decir?—capaces de realizar los más pavorosos crímenes, no dimos crédito á la noticia creyéndola invención de algún idiota ó de algún malvado. Desgraciadamente, no tardó en confirmarse...

Mediada la tarde, y á punto de cerrar nuestra edición, recibimos los lacónicos telegramas, faltos de detalles, que ya conocen nuestros lectores.

La noticia era cierta. Un afiliado al anarquismo, esa secta que es como un signo y como un estigma aterrador de los miserables tiempos que vivimos, había lanzado una bomba al paso de la comitiva regia por la calle Mayor, de vuelta de la iglesia de los Jerónimos, donde acababan de celebrar sus desposorios el Rey D. Alfonso y la Princesa Victoria de Battenberg.

¿No os representáis imaginativamente la horrible visión? La espesa mu-

chedumbre que gozaba ante la vista de un tan bello espectáculo como el que es indudable constituiría el paso de los reyes y de su brillante séquito por una de las más amplias arterias de Madrid, entre vitores y aplausos, pisando flores y alumbrado todo por un sol radioso y esplendente, sobrecogida primero por el ruido de la explosión, y aterrada después, grita y huye en infernal desorden, atropellándose los unos á los otros, pisoteando á los que caían, ansiosa de ponerse á salvo del peligro que, sin precisar cuál, sentía que le amenazaba?

No podemos nosotros concebir que haya sido un hombre como los demás seres de la fauna humana, el autor de un hecho tan en pugna con todos los sentimientos que á éstos caracterizan y le diferencian de las fieras del desierto. Las apariencias anatómicas han de ser la única analogía que con ellos tenga. ¿Cómo es posible que unas entrañas de mujer contuviera el molde donde fué vaciado ese anarquista, y cómo ver en éste la imagen y semejanza de Dios?

Pero si lo fuera, ó mejor dicho, si es que lo fué y las doctrinas anárquicas, más insanas para ciertas imaginaciones que el ácido de la uva cuando fermenta, le transformó moralmente en un monstruo, hay que idear para él un castigo en consonancia con su horrible crimen. Y á todos los de su especie, que nosotros quisiéramos dejar para

siempre marcados en los lomos y en las mejillas con infamante estigma, había que llevarlos á donde el sol no los acariciara nunca...

¿Y son esos anarquistas los redentores de la Humanidad? ¿Que se resignen con ser su ludibrio y su vergüenza!

EL ECO DE CARTAGENA se asocia al profundo duelo de la nación por las víctimas que ha ocasionado el atentado contra nuestros augustos monarcas, y felicita á éstos por resultar ilesos milagrosamente.

LA NOTICIA EN CARTAGENA

En las primeras horas de la tarde comenzó á circular de una manera inconflua el rumor de haber ocurrido en Madrid un trágico suceso, en el que estuvieron á punto de perecer nuestros reyes.

Cuando el rumor llegó á nosotros, no quisimos creerlo, y condenamos su propagación. No, no era posible. Y á todos los que se acercaban á nosotros en solicitud de noticias, lo desmentamos categóricamente, rotundamente.

¡Por desgracia, el hecho fué más tarde comprobado!

Imposible nos ha sido averiguar cómo se supo la noticia á hora tan temprana, ni por quién se supo. Los primeros telegramas dando cuenta del atentado lo recibieron los periódicos á las seis y media de la tarde, y algo después, el alcalde D. Rafael Cañete, recibió del gobernador el siguiente despacho:

«Al regresar SS. MM. de San Jerónimo, un anarquista desde piso segundo número 88 calle Mayor arrojó una bomba envuelta en ramo de flores, la que estalló, resultando muertos tres oficiales, cinco soldados. SS. MM. providencialmente resultaron ilesos. Por haber resultado herido uno de los caballos coche real, el rey con gran serenidad acompañado de la reina se trasladó otro, marchando seguidamente palacio acompañado del pueblo que lo aclamaba deirante al grito de ¡viva el rey valiente!»

Al salir los periódicos de la noche la noticia se extendió rápidamente por la población arrancando á todos, absolutamente á todos, frases de in-

diagnación contra los autores del atentado.

EL ATENTADO

Como decíamos, llegaba la comitiva regia por la calle Mayor, por frente al pretil de los Consejos, y la carroza en donde iban los reyes se encontraba á la altura del número 88 de la mencionada calle, cuando se oyó una formidable detonación.

La gente se arremolinó, loca de terror, sin saber ni darse cuenta de lo que pasaba.

El pánico fué inmenso. El caballo de vara del lado derecho del carruaje de SS. MM. cayó muerto instantáneamente. El cochero, cayó también al suelo desde lo alto del pescante, con heridas graves.

El general D. Angel Aznar, que mandaba la primera división, y que se hallaba cerca del sitio de la explosión, acudió presuroso con su Estado Mayor, al lado de la carroza de los monarcas.

Por la ventanilla derecha de ésta asomáronse, sacando el busto fuera, la reina Victoria y D. Alfonso, quienes hacían ademanes para tranquilizar á la aterrada multitud. Ambos reflejaban en sus rostros la tremenda impresión que había recibido.

La guardia civil que llegó á galope tendido, rodeó el lugar del atentado.

El presidente del Consejo, de ministros, Sr. Moret, el ministro de Estado, señor duque de Almodóvar, habiendo salido del carruaje que ocupaban acercándose al de los reyes.

El popular exgobernador de Madrid, D. Alberto Aguilera, fué el primero que empezó á dictar disposiciones para restablecer el orden.

Fue también de los primeros en llegar al lado de la carroza regia, la sección de la Cruz Roja, que habían establecido su puesto en la Capitanía general, comenzando seguidamente á prestar auxilios.

Vióse enseguida de producida la explosión que eran numerosos los heridos y que había algunos muertos.

LA BOMBA

Fue arrojada envuelta en un ramo de flores, desde uno de los pisos; créese que el segundo, de la casa número 88, contigua á la Embajada italiana.

Toda la manzana donde está enclavada esta casa, fué acordonada inmediatamente por fuerza de la guardia civil.

Los reyes trasladáronse á la carroza de respeto que marchaba delante de la que ellos ocupaban.

Los monarcas fueron objeto de una calurosa ovación por la serenidad de que dieron muestra. La muchedumbre gritaba: ¡viva el rey valiente! ¡viva la reina! ¡Mueran los asesinos!

La carroza, al pie de la cual estalló la bomba, continuó parada en el mismo sitio. Los cristales de los faroles y los de las portezuelas del lado de la derecha, que es donde iba la reina Victoria, quedaron pulverizados.

FALABRAS DEL REY

El general Aznar, que fué el primero que se aproximó al coche Real, dispuso inmediatamente que se cerrase inmediatamente la puerta de la casa de donde había salido la bomba, para impedir que el criminal escapase.

El rey, desde la ventanilla del coche le gritaba:

—¡Calma, general, calma, que la confusión puede hacer más víctimas!

LA NOTICIA EN PALACIO

A las dos menos cuarto empezaron á llegar á la plaza de la Armería, las primeras carrozas de la comitiva, en las que iban los Grandes y los Príncipes extranjeros.

El acceso de los coches se hacía con gran lentitud.

A las dos, las clases de etiqueta se fueron colocando para recibir á los reyes, y á los pocos momentos se oyó el ruido de una formidable detonación.

En Palacio se produjo grandísima alarma. La angustia de los que allí se encontraban fué inmensa, pues todos presintieron una gran desgracia.

Un correo de gabinete llegó al galope, gritando: ¡Los reyes en salvo! ¡Una bomba en la calle Mayor!

A las dos y veinticinco llegaron á Palacio la carroza ocupada por doña María Cristina y la princesa Beatriz, á quienes saludó el público con una ovación indescriptible. Los gritos de: ¡Viva el rey! ¡Vivan los reyes! resonaban incesantemente.

LLEGADA DE LOS REYES

El entusiasmo se desbordó al llegar



del que te he manifestado. Todo puedo sobre llevarlo...

«Excepto lo que te he dicho, y no saber lo que tú...»

Haf. el paso sobre la chimenea aquel resto de carta ennegrecida por el fuego, y de improviso la tiró otra vez al hogar. Era ese papel una imagen tanto viva de su amor y de su vida fatal.

H rucio vino y encontró á Raf. en la cama.

—Amigo mío, ¿puedes componerme una bebida opiática que me entre tenga en una continua somnolencia, sin que me sea dañoso el empleo constantemente de esa bebida?

—Nada más fácil,—respondió el joven médico—pero bien así te cansar o estar en pie algunas horas del día para comer.

—¡Algunas horas! dijo Rafael interrumpiéndolo —No, no; no quiero levantarme sino una hora todo lo más.

—¿Cuál es, pura, tu deseo?—preguntó Bianchon.

—Dormiendo aún se vive,—respondió el enfermo.

—No debes entrar á nadie, aunque sea la misma señorita Paulina de Vitoban,—dijo Valentín á Joutás, mientras que escribía Horacio la receta.

—Y bien, Mr. de Bianchon, ¿hay algún recurso?—preguntó el antiguo criado al doctor, á quien había ido á acompañar hasta la puerta.

la lumbre, mirando con ojos apáticos y los juegos de llama que torcían el perfumado papel, lo empergaminaba y devoraba.

Y entonces quedaron algunos fragmentos entre las cenizas, permitiéndole ver principios de frases, palabras, pensamientos medio quemados, y que por capricho cogió de entre las llamas; pero esta era una diversión maquiaval y casi involuntaria.

«Sentada á tu puerta... Esperando. Capricho. Obdece... divales... ¡yo!... no! tu Paulina... ama... no puede más. Paulina... si me hubieras querido, no me hubieras abandonado...—Amor eterno...—Morir.»

Diéronle estas palabras una especie de remordimiento, cogió las cenizas, y salvó de las llamas un pedazo de carte.

«... He murmurado, mas no me quejo, Rafael. Dejándome lejos de tí, habrás querido sin duda sustraerme al peso de algunas pesadumbres. Algún día quizá me matarás, pero eres demasiado bueno para hacerme sufrir. Pues bien, no partas otra vez así.—Mira, puedo arrostrar los mayores suplicios, pero á tu lado. La pesadumbre que me impusieras, dijaria de ser una pesadumbre.—Tengo en el corazón todavía mucho más amor

Después de haber viajado toda la noche, Rafael se despertó en uno de los más risueños valles del Bourbonnais, cuyos sitios y puntos de vista eran un torbellino que desaparecían delante de él como las imágenes vaporosas de un ensueño. Manifestaban la naturaleza á sus ojos con una coquetería bien cruel.

Ora era una perspectiva de Allier, desenvolviendo su líquida y brillante cinta y después Ingardillos modestamente ocultos en el fondo de un recinto de amarillentos prados, enseñando la punta de sus campanarios; ora se descubían de improviso los molinos de un valleci ó después de monótonos viñedos; y siempre castillos risueños, pueblos suspendidos ó carreteras bordadas de majestuosos álamos; finalmente, el Loira y sus largas cascadas de,